

—Madre de las misericordias, compadecosa de mi padrino y dejadlo entrar con mi gozo en el cielo.

La Virgen sonreí dulcemente y se aleja un poco para volver al instante con una copa de oro en sus manos.

Toma—dice al niño—ve á buscar á tu padrino y dile que llene esta copa de lágrimas de arrepentimiento, y si la trae llena, podrá entrar contigo.

El generoso niño vuela ahehante con la copa en sus manos, y desciende á la tierra en busca de su bienhechor.

El bandido estaba durmiendo sobre sus armas, y al despertarse sobresaltado, ve junto á él un hermoso niño rodeado de resplandores, con alas de plata y una copa de oro en sus manos.

—¿Qué sueño tan venturoso! murmura el bandido entre temeroso y confuso.

—No, no sueñas,—le contesta el niño,—lo que estás viendo es pura realidad. Yo soy tu ahijado. Al sacarme de pila me has proporcionado la felicidad eterna; y en agradecimiento vengo á buscarte para que participes de ella.

Y le refiere todo lo sucedido, describiéndole con indecible entusiasmo la suprema dicha que lo aguarda si se arrepiente de sus culpas: le pinta con exactitud pasmosa la gloria de Dios, el amor de los justos, y la paz del corazón y la inmensa felicidad que ha sentido en los umbrales del cielo, que él disfrutará igualmente si tiene dolor de sus pecados.

Un rayo de luz divina penetra en el alma de aquel facineroso; su corazón avezado al crimen y habituado á la crueldad, se enternece, brota el primer sollozo de su pecho y sus ojos comienzan á derramar torrentes de lágrimas.

El niño entonces redobla las súplicas, renueva la descripción de las delicias del Paraíso, recuerda la misericordia de Jesús con Dimas en el Calvario, á cuyas palabras el dolor que siente el bandido por sus culpas es tan agudo, tan penetrante, tan intenso y su arrepentimiento es tan vivo, tan profundo y tan verdadero, que se siente desfallecer y muere murmurando entre torrentes de lágrimas:

—Perdon, Dios mío! Perdon!

El niño, que había recogido sus lágrimas en la copa de oro, vuela con ella y el alma de su padrino al cielo, donde entran los dos para gozar eternamente.

PEDRO CLAVER Y BUENO.

+++

VÉRTIGO.

Entre las grises sombras de su clausura
No lloraba. rugía su corazón!
Famélica, insaciable, la desventura
Con infamante sello su faz marcó.

Devoradora angustia le acometía
Con inaudita fuerza, con seña tal,
Que en su convulso pecho se retorció
La iracundia clamando: matar! matar!

Venganzas imposibles, furor estulto,
Le brindaban salvaje, febril placer;
Estallaba en sus labios procaz insulto,
Y en sarcasmos viles burlaba al bien.

¡Cuán miserable y triste! . . . De su memoria
Recuerdo pavoroso brotaba hostil;
Recuerdo de una horrible, sangrienta historia,
¡De anhelos y locuras funesto fin!

Oh, sér desventurado! ¿Qué voz amiga
Diera alivio á su negra desolación. . . .
La sociedad recluye. la ley fustiga. . . .
¡Y en vano hasta los cielos sube el clamor!

La codicia inyasora, tenaz, inquiere. . . .
Y azuza, y da á la mano traidor pañal;
Acoccha, explora, asalta. cobardo hiere. . . .
¡Y á un alma abre sus puertas la eternidad!

Consumado el horrendo, nefasto crimen,

La sociedad herida se pone en pie. . . .
¡Y aún atribulados los deudos gimen,
Por el que un tiempo fuera luz y sostén!

Consumó el asesino su vil proeza;
Y hoy clama entre los hierros de su prisión:
—¿Por qué la ley me oprime con tal fieraza?
Por qué me hiere el mundo? ¿Dónde está Dios!

Sembró con mano alevosa su desenfreno
Miseria, desventura, luto, orfandad;
¡Y hoy con espanto mira que el mal ajeno
Fué el agua fecundante del propio mal!

Rompió toda barrera su desvarío;
Le fué oprobioso yugo la religión. . . .
Anhelos de ser libre! ¡Como si el río
No tuviera en su cauce curso mejor!

¡Pobre alma desquiciada, perpetradora
De culpas que engendraron su suerte ruin!
Nave sin rumbo cierto. Locomotora
Que salió, con desastre, de su carril.

¡Pobre alma, desviada de su camino,
Errando entre asperezas, sin fé, sin luz!
¡Cuán lejos! Oh, cuán lejos de su destino,
En tan injusta guerra con la virtud!

Oh, triste delincuente! Cierra los ojos,
Y la verdad angosta se niega á ver;
Le inspira su infortunio fieros enojos,
Y crece en sus entrañas su horror al bien.

A lo pasado vuelve su mente oscura,
Y al ver las hondas huellas de su maldad,
La radia se desborda con su amargura,
Y es lava de blasfemias su horrible afán.

La luz no le ilumina de la conciencia;
La conciencia, azorada con tanto horror,
Se oculta, y deja á solas esa existencia
Que rompe todo freno, que ofende á Dios.

Y así se deslizaba, con gran zozobra,
La abominable vida del infeliz;
Sin doblar su furia, firme en su obra,
Adusto murmuraba: morir! morir!

En los recios vaivenes de su extravío
Nunca el origen supo ver de su mal:
¡La ley era un tirano de su albedrío!
¡Un monstruo de venganza la sociedad!

Rebeldé á los preceptos del alma pura,
Era, ante el sufrimiento, cobarde y vil. . . .
Y, débil ya á los golpes de su tortura,
Dió á la terrible escena violento fin.

En la lúgubre trama de su existencia,
Jamás la propia culpa reconoció;
Y de allí los rugidos de su demencia:
—Por qué me oprime el mundo? ¿Dónde está Dios!

ENRIQUE PÉREZ VALENCIA.
México, 26 de Agosto de 1893.

TOQUE.

¿Do está la enredadera, que no tiende
como un penacho su verdor oscuro
sobre la tapia gris? La yedra prende
su triste harapo al ulcerado muro.

¿Do está el césped gentil que no tapiza
la tierra en torno del desierto albergue?
¡Cuán ralo vello que el pavor eriza,
salvaje esparto en derredor se yergue.

¿Do está el árbol simbólico y risueño
que un tiempo fué para el lagarto gira,
para el ave palacio, para el sueño
cancion de arrullo y para el viento lira?

Tronco desnudo, bajo el doble azote
de la lluvia y del ábrego, se eleva;
aguarda aún que de su costra brote
arrollada y derecha la hoja nueva.

Y abierto en cruz como en señal de duelo
semeja en medio de la hierba lacia,
un esqueleto que levanta al cielo
sus secos brazos, implorando gracia.

¡Oh, líneas gratas al sauz deliente!
¡Cuán lentas, cuán mermadas, cuán distintas,
¡Cuán lánguidas os miro al sol poniente,
e cuyas luces reflejais las tintas!

¡Cuál se arrastra en el fondo del barranco
vuestra corriente por las piedras rota,
bajo el vapor que, como el humo blanco
del perfumero en el santuario, flota!
¡Oh infansta soledad, que eres ejemplo
de mudanza y dolor! ¡Con qué sombrío,
con qué punzante júbilo contemplo
¡ay! que tu cambio corresponde al mío!

EL HERRERO DE LA ALDEA.

Bajo umbroso castaño arde la forja
Y trabaja el herrero;
Es aquella la fragua de la aldea;
Hombre, él, fornido, entero,
Manos disformes, fuerza gigantesca,
Musculacion de acero.

Negros y enmelenados los cabellos,
Faz cual robia curtida;
Sudor honrado de su pecho lueve.
Y así gana la vida;
Mira á todos el rostro: nada debe
Y nadie le intimida.

¡Quien pase por allí, temprano ó tarde,
Oye el fuelle y vé el brazo
Que sobre el yunque, con seguro y lento
Compás, descarga el mazo,
Y el golpe, á la oración, suena en el viento,
Como fiel campanazo.

De la escuela al volver los rapazuelos
Detienen en gavilla
Ante la puerta, el fuelle á ver que anhela,
Y la brasa que brilla,
Y la chispa que salta y vuela
Como paja en la trilla.

Sentado con sus hijos en la iglesia
Está el domingo, fija
La mente en lo que enseña ó reza el cura,
Y la voz de su hija
Que entre el coro aldeano vibra pura,
Oye y le regocija.

Parécete ser voz del Paraíso,
¡La dulce voz maternal!
Y con su diestra requemada, hirsuta,
Lágrima enjuga tierna
Al pensar en su madre, que disfruta
De la quietud eterna.

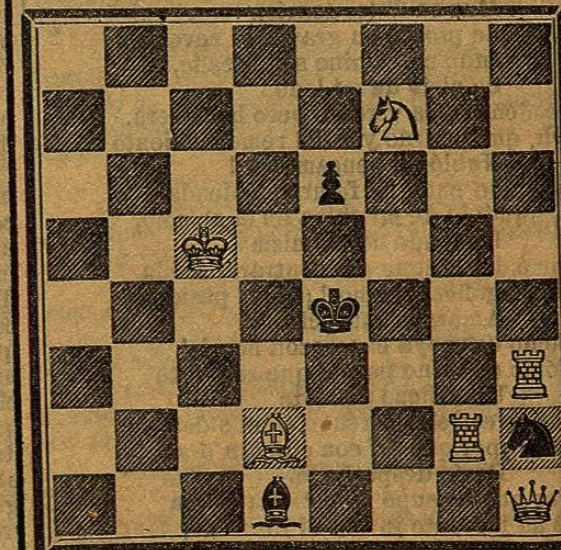
Comparte su vivir labor constante,
Tristeza y alegría;
Oada tarde concluye la tarea
Que se impuso aquel día,
Y blando sueño, al descansar, granjea,
Por premio á su porfía.

M. A. CARO.

PROBLEMA DE AJEDREZ

S. LLOYD.

Negras.



Blancas.

Salen las blancas y dan mate en 3 movimientos.
Solucion del problema publicado el domingo 10
del corriente.
1. C 5 C—R 3 A.—2. T 7 T—R 4 A.—3. T 1 A—F.
—Una variante.



Tomo III.

México, Domingo 1.º de Octubre de 1893.

Núm. 115

ANGELINA.

NOVELA POR DON RAFAEL DELGADO.

(ESCRITA PARA "EL TIEMPO.")

(CONTINUA.)

XXII

Audi con toda puntualidad á la cita del abogado. Aguardé en la esquina próxima la hora señalada, y al sonar ésta en el reloj de la Parroquia me presenté en el despacho. El jurisperito, gran madrugador, había vuelto de misa y del acostumbrado paseo por la alameda de Santa Catalina, ó sea el Bosque Paneracero de la Vega, y muy instalado en su poltrona aguardaba la llegada de su nuevo amanuense.

—¡Adelante, joven!—dijo en alta voz.—¡Adelante! ¡Bien! ¡Bien! Me place la exactitud! Tome vd. asiento. Voy á decirle cuáles son aquí las obligaciones. No hay aquí mucho trabajo, pero bueno es que sepa vd., amigo mío, que aquí no se pierde el tiempo!

—Puede vd. ordenar lo que guste. . . .—respondí, sentándome en una silla de ojo de perdiz, muy vieja y vacilante.

—Vendrá vd. á las ocho de la mañana, en punto, como ahora. A las ocho. . . . me entiende vd.? ¡En punto! Saldrá vd. á la una, hora de ir á comer. Por la tarde á las tres; en punto de las tres! Trabajaremos hasta las cinco. A esa hora puede vd. retirarse, á menos que tengamos algo extraordinario, entonces hasta concluir. Pero esto no sucede más que de tarde en tarde. ¡Está vd. conforme! ¿Sí? Pues bien, quedamos arreglados. Si al llegar vé vd. cerrado el despacho, señal es de que aún no vuelvo, ó de que estoy durmiendo la siesta. Entonces pide vd. las llaves á las niñas, y abe vd. Ahora, á otro punto. No quiero retribuir el trabajo de vd. como á los de-

más, de una manera eventual, á lo que caiga. Así lo hice con otros; pero con vd. será otra cosa. Le estimo á vd., y á su familia; y me complace en proteger á los jóvenes listos y de porvenir, por lo cual he decidido señalar á vd. un sueldo fijo. Así no queda vd. expuesto á contingencias nocivas para sus intereses.

Hizo una pausa, me vió de arriba abajo, y agregó:

—Tendrá vd. quince pesos mensuales. Me parece que para empezar es una cantidad. . . . muy decente!

Era una miseria, sin duda, pero, dadas mis circunstancias, aquella cantidad me pareció el premio gordo. En los términos más corteses contesté que agradecía yo el favor, y que procurraría corresponder á la confianza que se me dispensaba.

Castro Pérez me interrumpió:

—Joven: me prometí hallar en vd. lo que tanto he deseado; lo que hasta hoy no pude conseguir. . . . un escribiente activo, inteligente y útil. No pardamos el tiempo, en aquella habitación encontrará vd. lo necesario para escribir. Vamos á despachar, antes de que principien á llegar los clientes. Ya verá vd.; esto es arduo; no paro en todo el día. Esto parece un júbilo.

Se levantó y fuimos á la pieza contigua. —Tome vd. asiento. ¡En facta! Voy á dictar un escrito.

Me puse en facta. Castro Pérez se caló una gorra de terciopelo verde, bordada de oro á manera de fez, con una gran borla que colgaba hacia atrás, balanceándose como un péndulo. Mi hombre se compuso las gafas, y con

las manos atrás, ocultas bajo los faldones de la resobada levita, principió á pasearse, mientras yo, papel delante y lista la pluma, me disponía á escribir. Después de largo silencio, durante el cual el jurisperito recogió sus ideas, tosí y se sonó con el inmenso pañuelo de hierbas, habló en tono muy enfático:

—Ciudadano Juez. . . . ¡Dos puntos!

Y yendo, y viniendo, Castro Pérez me dictó larguísimo alegato, en estilo pesado, difuso, verdaderamente fatigador, empedrado de latines y citas de las Partidas, que mi hombre se las sabía al dedillo, y lleno con los mil primores y maravillas de la jerga jurídica.

Castro Pérez alardeaba de ser un dictador de primera fuerza como César, Isabel de Inglaterra, Napoleón y el Arzobispo Munguía. Es verdad que dictaba sin tropiezos ni vacilaciones, sin que fuera preciso repetirle la frase anterior, sin que el amanuense le hiciera eco murmurando entre dientes la última sílaba de la palabra final; pero así salía aquello. Compadece de todo corazón al infeliz magistrado que tendría que echarse al colete el indigesto farrago, y temí que de puro aburrido sentenciara en contra de los patrocinados por Castro Pérez.

Leí en alta voz el alegato. Mi hombre quedó satisfecho.

—¡Bien! ¡Bien!—exclamó.—¡Mucha lógica! Veamos esos latines.

No les puso tacha. Entonces le hice observar, muy delicadamente, que se le había escapado una concordancia galega, una de aquellas concordancias por las cuales nos castigó tantas veces don Román.